



# MEDICAMENTA



S U P L E M E N T O I N F O R M A T I V O

Se publica todos los sábados ♦ Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. ♦ Sección de Información Científica y Propaganda ♦ Redacción y Administración: Ríos Rosas, 57 - Apartado 160. Central telefónica 253 93 00 - Madrid

TOMO XXXVII

MADRID, 28 DE ABRIL DE 1962

NUM. 122

Depósito legal: M. 1.052.—1958

« TRIBUNA LITERARIA »

## “PARDAMAZO LA VIEJA”

LUIS BARCIA MERAYO

Bierzo Alto. Tierras lavadas por el Primou, un riachuelo minero de aguas grisáceas, que bajan labrando su curso en la piedra y en cuyas orillas, pobladas de ranas, sobre una pelada colina, se encuentra el solar que fue de Pardamazo la Vieja, algo que ya no es nada, ni siquiera recuerdo, pues sin saber por qué, mediado un siglo —¿cuál?—, sus habitantes lo abandonaron y cruzando las aguas pasaron al otro lado, fundando Pardamazo la Nueva...

\* \* \*

Va a salir el sol. Una luz emborronada, entre amarillenta y parduzca, tiñe ya el horizonte. Comienza el monte a cuajarse de rumores, y algo sublime y grandioso bate allá a lo lejos, tras la última cumbre, sobre aquella azulencia montera: está amaneciendo.

Crujen las ramas al ser partidas, y un conejo de orejas muy largas y patas ligeras salta con un bote, dejando tras él un poco de polvo; nada, mientras en la altura del páramo parecen reunirse las sombras para contemplar lo que fuera Pardamazo la Vieja, entre cuyas paredes vamos a descansar, recostándonos contra una piedra de forma extraña que nos recuerda la leyenda que flota sobre el lugar. Una leyenda que aún hoy, los siglos corridos, os habla de lo que todos los años, al llegar San Tirso, ocurre en el prado...

Santo milagroso y hasta festejo este Tirso, que allí se veneró, y cuya iglesia, como por ensalmo, brota en este mismo instante de la tierra, haciendo nacer, cada vez más claro, el ábside cuadrado y las remendadas ventanas, sobre las que se mueven pañuelos mora-

dos, agitados al compás de las cuatro voces de un responso bien cantado, en el que nosotros cabalgamos, entretenidos con los esfuerzos que hace el bajo, al que parecen atrancársele los “vobiscum”, y así andamos, cuando una moza repintada, aunque sobrada de ruidos metálicos, nos ataja por la izquierda rogándonos le demos el brazo, cosa que hacemos apresuradamente, abundando a más en sujetarle el talle, aunque lo tuviera flojo y desmedrado, para caminar, así ajiñados, en la dirección por ella señalada, y que no es otra que la de unirnos a un lucido cortejo, que a las desflecadas notas de un trombón ligero se llega por la derecha, marchando a prisa hacia el prado. Un prado ventolero y bien cuidado —escocés, diríamos, si no nos supiéramos en España—, y en cuyo centro se levanta curioso tablado para la función que, sin duda, ha de seguir al sermón, que ahora mismo predica severo un lectoral segoviano, primo del alcalde, y cuyos puntos sobre el “quid pro quod” aletargan a la gente.

Alguien al pasar me tendió una jarra viajera, bien surtida de vinillo, con la que pude refrescar el gaznate y al mismo tiempo reparar con la compañía, cuyos labios recobraron, al conjuro del licor, el rubor perdido, acercándonos, así animados, hasta un vocinglero corro formado por unos cuantos,

treinta o quizá más, mascadores de tabaco, cuyos ojos, y los tenían codiciosos, se arremolinaban en las enrevesadas piruetas de una gentil pareja que bailaba una pavana.

Volviéndome a la dama—la seguía teniendo por el talle—le pregunté, ceremonioso, la razón de aquel jolgorio.

Tardó en contestarme un buen rato y cuando al fin se decidió lo hizo con abundosa riqueza de suspiros.

—Como habréis podido daros cuenta, en realidad es cosa que salta a los ojos y los vuestros... —hizo un alto y hasta me pareció ver correr una lágrima por sus mejillas—brillan con el lucero del alba, no somos más que unos cuantos aldeanos bien avenidos, reunidos en este lugar para cumplir las disposiciones de una vieja, viejísima ordenanza, y de pasada recibir, como ellos se merecen, a los muertos de este año, que, para consuelo de sus deudos, son solo dos y no de los mejores: un medicastro ensalmador, finado en la saga de Cuenca..., cosa, en verdad, que merecen muchos otros, y un sastre de refajos..., un cuitado, trapacero y gastador, muerto de sarampión becerro hace tres horas o así solamente...

Esto dijo, y cuando revolvi mi cara ya no estaba. Se había ido sin hacer caso de mis gritos.

Es vieja costumbre, algo conservado ya solamente en la cabeza de unos pocos, el reunirse el día del Santo los viejos con los nuevos, y por ello es natural, y no espanta a nadie, que al filo de las doce nos demos por menudito de cabeza contra algún rostro conocido, que, haciéndonos reverencias olvidadas y usando un lenguaje enronquecido, nos pida señas de la posada más limpia o

UL-CLADENE®

Recidivas primaverales del ulcus

S. O. E.



de la fuente buena, pues también él va camino de la fiesta, donde, y desde bien temprano, se arremolina la gente, entre chucherías y pamplinas, y en la que los viejos limpian las chócolas bailando con mozas frescachonas como pocas, si hacemos perdón a su gran mohosidad.

Por ello, si alguna vez os llegáis a Pardamazo la Nueva, habréis andado la mitad y un poco más del camino, os bastará con cruzar el puente y marchando en línea recta cincuenta pasos llegaréis a un altozano todo achatado, sembrado con arrobas de piedras, "menedos", les llaman allí..., y en ese lugar, sano y ventilado como pocos, debéis sentaros. Sentaros, os digo, y esperar, pues si tenéis suerte, los nacidos en Cáncer la tienen a carros, podréis hablar con algún viajero o, mejor, saludar a un pariente faltoso que hace años se fue de casa y que ahora, irreconocible al momento, se os arrima pidiéndoos pelos y señales del Mesón del Segoviano...